Disidencias en el exilio. La valoración de Manuel Tuñón sobre Ruedo Ibérico y Jorge Semprún a través de su correspondencia con Max Aub

José Luis de la Granja Sainz

Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bhce/443>

DOI: 10.4000/bhce.443

ISSN: 1968-3723

Editor

Presses Universitaires de Provence

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 diciembre 2017

Paginación: 189-200

ISSN: 0987-4135

Referencia electrónica

José Luis de la Granja Sainz, « Disidencias en el exilio. La valoración de Manuel Tuñón sobre Ruedo Ibérico y Jorge Semprún a través de su correspondencia con Max Aub », *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* [En línea], 52 | 2017, Publicado el 09 octubre 2018, consultado el 02 mayo 2019. URL : <http://journals.openedition.org/bhce/443> ; DOI : 10.4000/bhce.443

Disidencias en el exilio.

La valoración de Manuel Tuñón sobre Ruedo Ibérico y Jorge Semprún a través de su correspondencia con Max Aub

José Luis DE LA GRANJA

Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea UPV/EHU

Hace más de veinte años, en 1993, tuve ocasión de consultar el rico y abundante epistolario cruzado entre Manuel Tuñón de Lara (París, Guéthary y Pau) y Max Aub (México), conservado en la Fundación Max Aub en Segorbe (Castellón), que me proporcionó copia de sus 280 cartas, escritas desde 1958 hasta la muerte de Aub en 1972¹. Además de dárseles a Tuñón, que no las tenía, constituyeron una fuente fundamental para pergeñar dos artículos sobre la estrecha relación de amistad de estos dos destacados intelectuales en el exilio: el primero se publicó en el catálogo de la exposición *Manuel Tuñón de Lara, maestro de historiadores* (1994) y el segundo en el número que esta revista le dedicó con motivo de su fallecimiento en 1997². En este último reproduje varias cartas en las que Tuñón dio su valioso testimonio histórico sobre el final de la Guerra Civil en 1939 en Alicante, que fue incluido casi literalmente por Max Aub en su última novela de *El laberinto mágico: Campo de los almendros* (1968), título que le fue propuesto por su amigo y sustituyó al previsto inicialmente: *Puerto de Alicante*. Casualmente, esas cartas, fechadas en agosto y septiembre de 1965, coincidieron en el tiempo con otras en las que se produjo la mayor discrepancia política entre ellos. La causa fue la aparición de los *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, de José Martínez y Jorge Semprún, criticados con acritud por Tuñón, que se negó a colaborar en ellos, y defendidos por Aub, que escribió en dicha revista del exilio en París. Tal es el objeto de este artículo, sustentado principalmente en su correspondencia, de la que reproduzco los fragmentos de las cartas más importantes en el anexo.

La opinión de Manuel Tuñón sobre la editorial Ruedo Ibérico de José Martínez

En el verano de 1965, a punto de cumplir medio siglo, Manuel Tuñón se encontraba en un momento clave de su existencia, pues había decidido cambiar de ciudad y de trabajo: de París, donde residía desde que tuvo que exiliarse en 1946, a Pau; de ganarse la vida como periodista, escribiendo en muchos medios, y traductor en la UNESCO a ser profesor universitario. Este cambio sustancial le iba a permitir en adelante dedicarse de lleno al oficio de historiador, que solo había podido desarrollar a tiempo parcial en París, donde publicó sus primeros libros importantes: *La España del siglo XIX* (1961) y *La España del siglo XX* (terminado en 1963, no salió hasta 1966). Ambos fueron editados por la Librería Española, regentada por Antonio Soriano³.

Sin duda su amistad con Soriano contribuyó a que Tuñón no publicase ningún libro en la principal editorial del exilio español en Francia durante el franquismo: la mítica Ruedo Ibérico, dirigida por José Martínez Guericabeitia. Pero hubo otros motivos por los que Tuñón no quiso publicar con este: sus diferencias políticas y también personales, que se agravaron considerablemente a raíz del primer número de sus *Cuadernos* en junio-julio de 1965. Su epistolario con Max Aub es una fuente de primer orden para conocer la opinión de Manuel Tuñón sobre Ruedo Ibérico desde su fundación en 1961, una opinión que fue evolucionando desde la inicial colaboración, acompañada de críticas, hasta la ruptura ideológica en 1965, en la cual tuvo mucho que ver Jorge Semprún, que había sido expulsado del Partido Comunista de España (PCE) y había pasado a ser redactor-jefe de los *Cuadernos de Ruedo Ibérico*.

1 Archivo-Biblioteca de la Fundación Max Aub, legajo 14-47. Fueron publicadas por Francisco CAUDET, *Max Aub / Manuel Tuñón de Lara. Epistolario 1958-1973*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2003.

2 José Luis DE LA GRANJA, «Historia de una amistad en el exilio: Max Aub y Tuñón de Lara», en José Luis DE LA GRANJA (coord.), *Manuel Tuñón de Lara, maestro de historiadores*, Bilbao-Madrid, Universidad del País Vasco/Casa de Velázquez, 1994, p. 87-101, y «Max Aub y Manuel Tuñón de Lara: dos intelectuales del exilio ante el laberinto español», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 26, 1997, p. 346-367. Cfr. M.ª Fernanda MANCEBO (ed.), *Encuentros de historia y literatura. Max Aub y Manuel Tuñón de Lara*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2003.

3 Sobre la etapa de Tuñón en París remito a la «Aproximación a la biografía de Manuel Tuñón de Lara» que publiqué con Alberto REIG TAPIA en el libro de José Luis DE LA GRANJA y Alberto REIG TAPIA (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la Historia. Su vida y su obra*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993, p. 15-115 (p. 59-84).

Éditions Ruedo Ibérico se constituyó como sociedad en París en el otoño de 1961, siendo propiedad de cinco socios, todos ellos antifranquistas represaliados y exiliados: José Martínez (anarquista), su compañera Elena Romo (comunista), el abogado Ramón Viladés (catalanista), el diplomático Vicente Girbau (socialista) y el historiador Nicolás Sánchez-Albornoz (republicano de izquierdas), hijo del gran medievalista don Claudio, quien fue ministro en la II República⁴. Nada más nacer Ruedo Ibérico creó sendos premios de poesía y de novela españolas. Tuñón fue miembro del jurado, que se reunió en Collioure el 22 de febrero de 1962, como homenaje a Antonio Machado en el 23 aniversario de su muerte en ese pueblo catalán, cercano a la frontera hispano-francesa. Volvió de allí a París «dominado por la emoción del acontecimiento» y contento con los fundadores de esa editorial: «Muy bien los muchachos de «Ruedo Ibérico»; si no se les ladea el carro pueden hacer algo *«qui restera»*, según contó a Aub (cartas de 26-II y 10-III-1962). Con él formaron el jurado del premio de novela Carlos Barral, Juan Goytisolo y Juan García Hortelano, entre otros, que premiaron la obra *Año tras año* del escritor comunista Armando López Salinas, exponente del realismo social⁵. Max Aub había sido invitado a ser miembro del jurado, pero no pudo asistir. Por entonces estaba ya en contacto con la editorial parisina para que publicase la traducción al francés de su novela *La calle de Valverde* (1961), que no se llevaría a cabo. Ruedo Ibérico sí le publicó en castellano una novela de *El laberinto mágico: Campo francés* (1965). En ambos casos Tuñón ofició de intermediario entre Max Aub y José Martínez.

Empero, su colección principal no fue la de literatura: «el género literario se lleva la parte del pobre en «Ruedo Ibérico»», constató Tuñón (carta de 26-IV-1964). La colección estrella, que le proporcionó más fama y éxito tanto en el exilio como en el interior de España, fue la de historia titulada «España contemporánea», centrada en el siglo XX y dirigida por José Martínez, arrancó a finales de 1961 con el libro *La Guerra Civil española* de Hugh Thomas, que enseguida se convirtió en un *best seller* y fue muy reeditado. A pesar de que Tuñón colaboró en su edición redactando unas notas, su opinión era negativa; así se lo comunicó a Martínez, y también a Aub: «creo un error que saquen esa historia de nuestra guerra escrita por Thomas. Es un cuco “objetivo” que al socaire de ese cuento facilita argumentos al enemigo»; la edición en español del libro de Thomas «es mejor que la francesa, sobre todo porque tiene unas notas finales mías (*“malgré que je n’aime point ce livre”*)» (cartas de 25-XI-1961 y 25-I-1962). Max Aub lo criticó también cuando lo leyó en México (carta de 9-IV-1962):

Recibí y leí el Thomas y tus notas. Referente al último periodo de la guerra, que es en lo que ando metido hasta el cuello, hay una cantidad de inexactitudes fenomenal. Ya lo verás cuando leas mi libro (el año que viene) que ese sí está basado en datos auténticos [alusión a Campo del moro (1963)].

La crítica de Tuñón no fue solo privada, sino que la hizo pública en un artículo «muy fino, pero nada benévolo» (carta de 24-III-1962) en la revista *Esprit* (París), de la que era colaborador habitual y en la que solía publicar reseñas. En cambio, hizo una muy elogiosa de la obra *El mito de la cruzada de Franco* («une œuvre classique»), editada en 1963-1964 por Ruedo Ibérico, de Herbert R. Southworth, de quien tenía una magnífica opinión: «Es un ensayo bibliográfico de primera clase de nuestra guerra, debido a Southworth, uno de esos norteamericanos castizos y buenos que hay por el mundo» (carta de 26-XII-1963). Y la corroboró cuando publicó su libro *Antifalange* (1967), también en Ruedo Ibérico: «Lo de Southworth, muy bueno, como todo lo suyo. Es un tío estupendo» (carta de 16-VIII-1967)⁶. La crítica de Tuñón al libro de Thomas sentó mal a los socios de Ruedo Ibérico, en particular a José Martínez, quien distinguía entre «el rol editor y el rol político»; pero no impidió que Tuñón siguiese colaborando con la editorial y relacionándose con su *alma mater*⁷.

La opinión de Manuel Tuñón sobre ambos fue variando a peor con el transcurso del tiempo, tal y como muestra su epistolario. En él pasó de ser una «simpática pero incoherente editora» a «muy poco sericicto ese Ruedo Ibérico» (cartas de 26-III-1963 y 12-VIII-1964); José Martínez «es un tío activo y espero que la cosa marche», en referencia a su edición de *Campo francés*; pero no va a ser así, por lo que Tuñón quiere ver «al célebre Martínez, que pienso no ha hecho nada por tu libro.

⁴ Sobre la historia de Ruedo Ibérico es fundamental el libro de Albert FORMENT, *José Martínez: la epopeya de Ruedo Ibérico*, Barcelona, Anagrama, 2000. Cfr. también el catálogo de la exposición *Ruedo Ibérico. Un desafío intelectual*, edición de Nicolás SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2004. El archivo de Ruedo Ibérico se conserva en el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam.

⁵ Albert FORMENT, *op. cit.*, p. 204-206.

⁶ Las reseñas de Tuñón sobre los libros de Thomas y Southworth se publicaron en *Esprit*, n.º 305, abril de 1962, p. 690-694, y n.º 336, marzo de 1965, p. 604-605, respectivamente. Son reproducidas por Paul Aubert, junto con las demás colaboraciones de Manuel Tuñón de Lara en dicha revista, en este mismo número del *Bulletin*.

⁷ Albert FORMENT, *op. cit.*, p. 198-199.

No me parece nada serio y pienso decírselo de manera agria, porque no tenía necesidad alguna de comprometerse, para luego hacer estas faenas» (cartas de 11-IV y 12-VIII-1964). Su queja obedecía al retraso en la publicación del libro de Max Aub: previsto para ese año, no salió hasta la primavera de 1965. Mas en eso Martínez era «como todos los editores», incluido Soriano, quien tardó tres años en dar a luz *La España del siglo XX*, hasta el punto de que su traducción al italiano se publicó medio año antes; de ahí que Tuñón no se fiase «nunca de palabra de editor» y le comentase a su amigo: «Estos editores nos traen por la calle de la amargura», «son nuestros patronos» (cartas de 11-IX-1964, 24 y 28-XI-1964, y 25-VII-1968). Max Aub había propuesto a los de Ruedo Ibérico publicar toda la serie de los *Campos*, pero acabó desistiendo en 1967 porque aún no tenían fecha para empezar a publicarlos, decisión que le pareció muy bien a Tuñón, para quien eran obras fundamentales: «El “Laberinto” es algo esencial para las nuevas generaciones que no saben nada de aquello y quieren saber. Son los “Episodios [Nacionales]” de nuestra República, completados naturalmente por los “Campos”» (cartas de 14 y 29-IV-1967)⁸.

Además, las discrepancias de Manuel Tuñón con José Martínez tenían que ver con algunos de los libros que publicaba: así, tildó a *España, hoy* (1963), compilado por Martínez e Ignacio Fernández de Castro, de «literatura panfletaria», aun reconociendo que tenía «buena iconografía y algunas buenas aportaciones poéticas» (carta de 11-IV-1964)⁹. Tres años después afirmó: «El sensacionalismo barato de G. [García] Venero (al servicio de Hedilla) entra en el estilo de R.I. [Ruedo Ibérico]» (carta de 16-VIII-1967). Se refería al libro *Falange en la guerra de España: la unificación y Hedilla* (1967), escrito por encargo de este antiguo jefe falangista para defender su papel en la unificación de Falange en 1937, que dio lugar a «la crítica exhaustiva e implacable de H.R. Southworth» con su *Antifalange. Estudio crítico de Falange en la guerra de España de M. García Venero*¹⁰.

En su correspondencia, Tuñón informaba a Aub de los graves problemas por los que atravesaba Ruedo Ibérico: «una crisis financiera aunque no económica» y, sobre todo, «un problema de personas» por la falta de entendimiento entre dos de los cinco socios fundadores: José Martínez y Vicente Girbau (cartas de 26-III y 10-IV-1963). Su disputa se prolongó durante ese año y se saldó con la salida de Girbau de la editorial, tras el acuerdo de que este vendería sus acciones a los otros socios a finales de 1965, una vez que Ruedo Ibérico le reembolsase el dinero que le debía¹¹. Tuñón era muy amigo de Girbau, según queda patente en sus misivas a Max Aub: «persona verdaderamente angelical», «el bueno de Vicente está pasando berrinches sin cuento por todas las faenas que le han hecho» (cartas de 11-XII-1962 y 26-III-1963). El 26 de diciembre de este último año le anunciaba: «Los de “Ruedo Ibérico” parece que se rehacen, pero ya sin Girbau que se separó definitivamente». Sin embargo, el desencuentro entre Girbau y Martínez perduraba en 1965, debido a que este no le había abonado su deuda, y esto repercutía negativamente en la

8 Manuel TUÑÓN DE LARA, *Introducción al Laberinto mágico*, Segorbe, Fundación Max Aub, 2001. De la amplia bibliografía sobre Max Aub destacan estos libros: Ignacio SOLDEVILA DURANTE, *La obra narrativa de Max Aub (1929-1969)*, Madrid, Gredos, 1973, y *El compromiso de la imaginación. Vida y obra de Max Aub*, Segorbe, Fundación Max Aub, 1999. Cecilio ALONSO (ed.), *Actas del Congreso Internacional “Max Aub y el laberinto español”*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1996, dos tomos. Manuel AZNAR SOLER, *Los laberintos del exilio. Diecisiete estudios sobre la obra literaria de Max Aub*, Sevilla, Renacimiento, 2003. Javier QUINONES, *Max Aub, novela*, Barcelona, Edhasa, 2007. Gérard MALGAT, *Max Aub y Francia o la esperanza traicionada*, Sevilla, Renacimiento, 2007, y *André Malraux y Max Aub. La República española, crisol de una amistad. Cartas, notas y testimonios (1938-1972)*, Lérida, Pagès/Universitat de Lleida, 2010.

9 Muy distinta es la opinión de Albert FORMENT: «*España hoy* es un extraordinario libro documental sobre los acontecimientos políticos caecidos en España durante 1962 y 1963». «Con *España hoy*, Ruedo Ibérico se convirtió ya definitivamente en la principal editorial antifranquista del exilio, y su director José Martínez en una auténtica celebridad dentro de los, por otra parte, restringidos círculos de la oposición exiliada. Ahí dio comienzo el mito parisiense de Pepe Martínez» (*op. cit.*, p. 246-248).

10 La última cita procede del artículo de José MARTÍNEZ en el que justificaba la publicación del libro del escritor Maximiano García Venero, falangista seguidor de Manuel Hedilla, y de la réplica de Herbert Southworth: «Dos libros contradictorios», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 11, febrero-marzo de 1967, p. 107-126. En él Martínez aprovechó para descalificar *La España del siglo XX* de Manuel Tuñón de Lara, aun siendo «un autor con una conocidísima ejecutoria antifranquista». También atacó la edición de este libro en 1974 en España, utilizando el seudónimo *Colectivo 36*: «Los límites de la censura histórica franquista», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 43-45, enero-junio de 1975, p. 139-148. Tuñón contestó a «un cuaderno editado en París» en su artículo «Historia de una «Historia» («*La España del siglo XX*)», *Sistema*, n.º 12, enero de 1976, p. 5-23, que concluía así: «produce extrañeza que de hecho quienes critican desde la «izquierda» la difusión masiva en España de este libro vengán a coincidir con un criterio de extrema derecha expresado en las columnas de *ABC* por el señor Ruiz-Gallardón. Unos amenazan con su excomunión «revolucionaria» y otros con el Código Penal».

11 Albert FORMENT, *op. cit.*, capítulos 6 y 7: «a mediados de diciembre de 1962, estalló una grave crisis en Ruedo Ibérico, cuyo origen residía en los enfrentamientos, a menudo de raíz personal, que se originaban entre José Martínez y Vicente Girbau, a causa del mal carácter del primero, y de los celos y personalismo de ambos». «José Martínez tenía muy claro lo que quería, ser el director de la editorial sin tener que rendir cuentas o discutir proyectos permanentemente con Vicente Girbau, que lógicamente se sentía relegado». «Había vencido a Vicente Girbau sin cortar sus relaciones con él, y se había convertido de modo definitivo en el director incontestable y verdadero gerente administrativo de la editorial» (estas citas proceden de las p. 225, 227 y 243). Ambos acabaron reconciliándose en 1966 (p. 289).

relación que Tuñón seguía manteniendo con Martínez, según dejaba constancia en su carta del 10 de julio de 1965: «este hombre extraño, debe estar algo mosca por sus problemas con Girbau. Yo no tengo la culpa, como no sea la de ser un amigo fraternal de este».

La crítica de Manuel Tuñón a los Cuadernos de Ruedo Ibérico de José Martínez y Jorge Semprún

Fue entonces, en junio-julio de 1965, cuando vio la luz la revista de Ruedo Ibérico: sus famosos *Cuadernos*, de los que se publicaron 66 números con periodicidad bimestral hasta 1979¹². El primero de ellos tenía una presentación de los redactores jefes José Martínez y Jorge Semprún, en la que definían su proyecto intelectual como «radicalmente libre y radicalmente riguroso», dentro del «pluralismo socialista», pretendiendo «la necesaria transformación socialista de la sociedad». La revista del libertario José Martínez logró aglutinar a dos sectores del antifranquismo: comunistas disidentes, encabezados por Fernando Claudín y Jorge Semprún, recién expulsados del PCE, y jóvenes dirigentes del Frente de Liberación Popular (FLP, conocido como Felipe), en especial Ignacio Fernández de Castro y Luciano Rincón. Este periodista bilbaíno fue amigo de Tuñón, que le puso en contacto con Martínez, quien le editó los libros *Francisco Franco. Historia de un mesianismo* (1964) y *Nuestros primeros veinticinco años* (1964), firmados con el seudónimo *Luis Ramírez*, y la novela *Mañana. Crónica anticipada* (1965), firmada por Luciano F. Rincón¹³.

El contenido del número 1 de *Cuadernos de Ruedo Ibérico* provocó la ruptura definitiva de Manuel Tuñón con José Martínez, en la que influyó también la cuestión de Girbau, como se aprecia en su extensa carta del 25 de agosto de 1965, la más interesante de las que se reproducen en el anexo y, a mi juicio, una de las más relevantes del copioso epistolario Tuñón-Aub:

La actitud de este hombre con Girbau ha sido inspirada en los mismos motivos. Le debe tres millones y medio [de francos antiguos] y siempre le da largas, y cuando Vicente le reclama en serio una parte, moviliza a media oposición como si fuera «colaborar con Fraga» el hecho de que nuestro amigo le pida el dinero que es suyo y que necesita, entre otras cosas para hacer una obra más seria y eficaz.

Aunque consideró buenos algunos artículos de ese número, la opinión de Tuñón era muy negativa, pues afirmó que su tono era «panfletario». Sus motivos afectaban a los dos principales redactores, que no cumplían sus propósitos fundacionales. Según él, Martínez era «partidario de una política extremista y de violencia, que regocija a exiliados y a nostálgicos de la guerra, pero que resta fuerzas a la oposición». En ella le acompañaba el sociólogo Fernández de Castro con libros como *La demagogia de los hechos* (1962) y *España hoy*. En 1965 su revista iba a servir de plataforma al sector «revisionista» que había sido excluido del PCE; no había nacido para unir a la oposición antifranquista, sino para atacar a los comunistas: «hay ataques groseros y personales, «ajustes de cuentas», contra personas que yo quiero y que además se han sacrificado mucho por la santa causa que nos es común» (carta de 10-VIII-1965). En concreto, Tuñón se refería a dos de sus amigos: el pintor José Ortega y, sobre todo, el escritor Jesús Izcaray. Su novela *Las ruinas de la muralla* (1965) fue objeto de una reseña demoledora por parte de Jorge Semprún, que concluía así: «la novela de Izcaray pone crudamente de manifiesto la crisis del naturalismo populista y a medida que nos vamos adentrando en los tediosos senderos de su obra, parece que nos hundimos, desganadamente, entre los escombros del naturalismo»¹⁴. Para Tuñón, no era una crítica literaria sino un ataque personal y político contra Izcaray, dirigente del partido del que había sido expulsado Semprún: «Contra el enemigo político-personal (que lucha contra el que se dice enemigo común, la dictadura) vale todo, y vale un ataque pseudoliterario. Esto se llama “stalinismo à rebours”»

12 Albert FORMENT, *op. cit.*, capítulo 7: «*Cuadernos de Ruedo Ibérico* se convertirá en la más influyente revista de debate político y cultural de la izquierda española, y en realidad de toda la oposición antifranquista» (p. 276). Esta revista fue estudiada en la tesis doctoral de Aranzazu SARRÍA BUIL, *Cuadernos de Ruedo Ibérico (1965-1979). Exilio, cultura de oposición y memoria histórica*, Universidad de Zaragoza y Université Michel de Montaigne-Bordeaux 3, 2001. Dicha profesora de esta última Universidad ha publicado varios artículos, que se encuentran, junto con otros de diversos autores sobre la misma temática, en esta página web: <http://www.ruedoiberico.org/>. Además, hay una edición facsímil de la colección completa de la revista y sus suplementos: Valencia, Faxínil Edicions Digitals, 2002, dos CD-ROM.

13 Su intensa colaboración con Ruedo Ibérico y su revista, utilizando varios seudónimos, hizo que fuese juzgado por el Tribunal de Orden Público, condenado y encarcelado en España en 1971, lo que motivó la denuncia de Manuel Tuñón en su artículo «Luciano Rincón», *Esprit*, n.º 410, enero de 1972, p. 71-72: «Le procès de Luciano Rincón n'est rien d'autre que celui de la liberté de pensée». Luciano RINCÓN, «Ruedo Ibérico», *El País*, 11-III-1989: «Manuel Tuñón de Lara me presentó a un hombre delgado, con cierto aire severo y destemplado, al que me señaló como José Martínez [...], tenaz aunque depresivo, alegre en privado y ferozmente enfrentado a sus adversarios, con un malhumor legendario».

14 Jorge SEMPRÚN, ««Las ruinas de la muralla» o los escombros del naturalismo», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 1, junio-julio de 1965, p. 88-90. Esta reseña fue muy criticada en la carta de «Un lector», publicada en el n.º 2, agosto-septiembre de 1965, p. 133-134.

(carta de 25-VIII-1965). Cuando doce años después Izcaray pudo publicar la segunda edición de su novela en España, contó con un prólogo muy laudatorio de Tuñón, en el que la incluía en el realismo español, dejando de lado «las balbucientes acusaciones de «naturalismo»», y la insertaba «en la historia viva de nuestro tiempo, en sus grandes temas, en el batallar constante por liberar al hombre y exaltar sus mejores cualidades»¹⁵.

Esta cuestión le dio pie a Manuel Tuñón para manifestar, en la citada carta a su amigo Max Aub, su valoración sobre Jorge Semprún. En su faceta literaria, opinaba que no sabía escribir sus obras en castellano y, en cambio, las escribía muy bien en francés, citando como ejemplo su novela *Le grand voyage* (1963), que Tuñón había elogiado. Con respecto a su vertiente política, Tuñón hizo una crítica matizada acerca de su disidencia, junto con Fernando Claudín, en el seno del PCE.

Según su propio testimonio, Manuel Tuñón abandonó paulatinamente la militancia comunista en la segunda mitad de la década de 1950, coincidiendo con el inicio de su labor de historiador en París. Mas no rompió su relación y su amistad con comunistas españoles exiliados en Francia, como pone de manifiesto este epistolario. En él dejaba constancia de sus problemas políticos con el Ministerio francés del Interior, que no le concedía pasaporte y controlaba su correspondencia, hasta el extremo de que Tuñón recurrió a Max Aub para que intercediese por él ante su amigo André Malraux, ministro de Cultura del presidente Charles de Gaulle (cartas de 10 y 11-II-1965, 26-III y 3-IV-1965). Esto hizo que, mientras Aub mencionaba sin tapujos al PCE («el partido comunista o es el partido del proletariado o no es nada», le escribió el 2 de septiembre de 1965), Tuñón denominaba «la Iglesia» al PCE y evitaba usar la palabra «comunistas» en sus misivas, recurriendo a subterfugios, por lo que algunas deben leerse entre líneas; de ahí que sea excepcional su carta del 25 de agosto de 1965, en la cual se exployó exponiendo su opinión sobre la crisis del PCE, liderado por Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri (*Pasionaria*), causada por la disidencia de dos dirigentes e intelectuales de la talla de Fernando Claudín y Jorge Semprún, que fueron excluidos del Comité Ejecutivo en 1964 y expulsados del partido en 1965. Sin duda a ella se refería cuando le escribía a su amigo de México el 10 de octubre y el 13 de noviembre de 1964 en estos términos:

[...] la izquierda, marxista o no, pero me refiero a la primera, venga de entremetarse, de insultarse y –la mayoría– de no querer darse cuenta de la realidad. No para renunciar, sino para luchar más, pero de acuerdo con el hoy y no con el de hace veinticinco años, por querido que nos sea aquello.

Este absurdo desgarramiento de la extrema izquierda española me parece insufrible. Mucho más cuanto acarrea enconos mutuos de personas a quienes se quiere, porque no en vano se ha fumado uno con ellos los primeros pitillos siendo chaval y de pantalón corto. ¡Los unos y los otros! Esto es doloroso y créeme que me afecta. No sé qué pensar.

Ellos eran Fernando Claudín y Manuel Azcárate, sus amigos desde que, siendo estudiantes en la Universidad de Madrid, militaron en la Juventud Comunista durante la II República¹⁶, que entonces se hallaban en los sectores enfrentados, pues Azcárate estaba de acuerdo con la dirección del PCE, a la que perteneció en Francia. Para Manuel Tuñón la amistad era un valor fundamental, que estaba por encima de las ideas políticas; por eso, continuó siendo amigo tanto de Claudín como de Azcárate. De ahí que distinguiese claramente entre los dos disidentes: uno era su amigo Fernando Claudín («para mí entrañablemente querido, pues mi amistad con él y toda su familia data de la friolera de treinta y cuatro años y no fue nunca desmentida») y el otro era el «joven novelista» Jorge Semprún, de quien opinaba así: «hombre muy valiente, pero que existencialmente no puede considerarse exilado ni tiene duros problemas del vivir». Tuñón le había conocido poco después de su llegada a París, al ser ambos miembros de la Unión de Intelectuales Españoles en Francia durante la posguerra mundial, antes de que Semprún llegase a ser un destacado dirigente del PCE.

En la agria controversia que se produjo en este partido a lo largo de 1964 sobre el análisis de la realidad de España y la política a seguir contra la dictadura de Franco¹⁷, inicialmente

¹⁵ Prólogo de Manuel Tuñón de Lara a la novela de Jesús IZCARAY, *Las ruinas de la muralla*, Bilbao, Albia, 1977, p. 7-14.

¹⁶ Manuel AZCÁRATE, *Derrotas y esperanzas. La República, la Guerra Civil y la Resistencia*, Barcelona, Tusquets, 1994, p. 66-67 y 102-103.

¹⁷ Fernando CLAUDÍN, *Documentos de una divergencia comunista*, Barcelona, El Viejo Topo, 1978. Claudín publicó su libro *La crisis del movimiento comunista* en Ruedo Ibérico, París, 1970, con prefacio de Semprún. Cfr. Max GALLO y Régis DEBRAY, *Santiago Carrillo: mañana España*, Barcelona, Laia, 1977, p. 119-123. Fernando CLAUDÍN, *Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 145-177. Santiago CARRILLO, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1994, capítulo XV. Manuel VÁZQUEZ MONTALBÁN, *Pasionaria y los siete enanitos*, Barcelona, Planeta, 1995, p. 271-292 y 476-488. Paul PRESTON, *El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo*, Barcelona, Debate, 2013, capítulo 5.

a Tuñón las posiciones de Claudín y Semprún le parecieron «inteligentes y oportunas», «capaces de abrir nuevos caminos», si se contrastaban con opiniones diferentes y daban lugar a «una síntesis integradora que las mejorase». Pero le decepcionaron al no ceder y preferir «romper la baraja», en vez de esperar a que «el tiempo dijese si tenían una razón que la mayoría les negaba por el momento». Tuñón reconocía que la mayoría de los miembros de la dirección del PCE no eran «ángeles», que subsistían «métodos reprobables» y que les trataron «con excesiva dureza». Consideraba que la disputa se había agravado por diversos factores humanos: antiguos rencores, «la amargura del exilio y las dificultades del vivir» (estas afectaban a Claudín, pero no a Semprún, que pertenecía a una familia burguesa muy relevante: los Semprún Maura¹⁸). Y acabó decantándose por la dirección del partido («la Iglesia»), aun admitiendo que se equivocaba a menudo. Como él ya no pertenecía a «ese cuerpo místico», tenía mayor libertad de crítica; pero también tenía «el mínimo deber de no atizar las ascuas» (carta de 25-VIII-1965).

Por eso, Tuñón decidió abstenerse de escribir en los *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, una revista que, a su juicio, había nacido para excluir y atacar a los comunistas, contando con la participación de los disidentes, «dominados por la cólera (que espero sea pasajera) por no haber obtenido aquiescencia a sus posiciones». Él no podía colaborar con «esa política de aislar a quienes, con todos sus grandes defectos, lo han dado todo, y en primer lugar sangre y libertad y comodidades desde hace treinta años». Por todo ello, le aconsejaba a Max Aub que no escribiese en los *Cuadernos*, pese a la relación de autor-editor que tenía con José Martínez, quien le acababa de publicar *Campo francés* (cartas de 10 y 25-VIII-1965).

En esta ocasión Max Aub hizo caso omiso del consejo de su amigo, como prueba el hecho de que dos meses después publicase un relato breve en el n.º 3 de los *Cuadernos*¹⁹. Su opinión sobre ellos era muy diferente, afirmando que «cumplen una función de lucha activa contra el régimen de Franco». La extensa argumentación de Tuñón le interesó, pero no le acabó de convencer, porque creía que en este asunto jugaban «tanto las ideas como las pasiones personales» y que las divergencias eran «ajustes de cuentas personales». Max Aub (que nunca fue comunista ni anticomunista) no quería tomar partido en las divergencias existentes entre comunistas y excomunistas, porque siempre le habían parecido «deplorables». Y recordó que Tuñón no estuvo de acuerdo con «la Iglesia» en el asunto de los curas obreros (cartas de 18-VIII y 2-IX-1965). Tan notorio desacuerdo no afectó lo más mínimo a «la entrañable amistad» que les unía, como ellos mismos reconocieron.

Además, este debate tiene interés porque permite conocer la visión de Manuel Tuñón de Lara sobre lo que debía ser el antifranquismo a mediados de los años sesenta, transcurridos casi tres decenios de la Guerra Civil, dos de los cuales él había vivido exiliado en Francia. Como ya no podía ser igual que en la posguerra, apuntó cuatro graves errores o disparates a evitar: «proponer una solución de violencia», hablar de «frente obrero y campesino», prescindir de los comunistas y luchar contra todos los católicos como si fuesen enemigos. Sobre esto último cabe resaltar la apertura intelectual de Tuñón hacia el mundo católico, que le llevó a escribir con asiduidad en revistas como la prestigiosa *Esprit*, fundada por el filósofo Emmanuel Mounier y dirigida por su amigo Jean-Marie Domenach; y también en *Cuadernos para el Diálogo* del democristiano Joaquín Ruiz-Giménez, exministro de Franco, aunque al principio solo pudiese publicar sobre temas franceses por las trabas que le ponía la censura franquista²⁰. Además, en 1968 salió su libro *El hecho religioso en España*.

18 Como es conocido, Jorge Semprún Maura fue nieto de Antonio Maura, el principal jefe de Gobierno de Alfonso XIII; sobrino de Gabriel y Miguel Maura, ministros de la Monarquía y de la II República, respectivamente; e hijo de José María Semprún Gurrea, embajador de la República en la Guerra Civil y ministro de varios Gobiernos del exilio. Cfr. Jorge SEMPRÚN, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Planeta, 1977. Rafael ABELLA (dir.), *Semprún-PCE. Historia de una polémica*, Barcelona, Planeta, 1978. Franziska AUGSTEIN, *Lealtad y traición. Jorge Semprún y su siglo*, Barcelona, Tusquets, 2010. Santos JULIA, *Camarada Javier Pradera*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012. Felipe NIETO, *La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura*, Barcelona, Tusquets, 2014. Marta RUIZ GALBETE, ««Intelectuales con cabeza de chorlito»: Jorge Semprún contra el eurocarrillismo», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 30-31, 1999-2000, p. 367-383; «el Semprún de los *Cuadernos de Ruedo Ibérico* es representativo de la dificultad de los heterodoxos en articular una crítica que cimentase una nueva opción militante» (p. 381).

19 Max AUB, «El baile», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 3, octubre-noviembre de 1965, p. 73-77. Al fallecer Max Aub en 1972, esta revista le dedicó una elogiosa semblanza firmada por Máximo ORDÓÑEZ (seudónimo de Roberto MESA) y publicó su relato «La Virgen de los Desamparados», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 37-38, junio-septiembre de 1972, p. 5-10. Sus libros, editados en México, eran distribuidos por Ruedo Ibérico en Francia.

20 El primer artículo que escribió Tuñón para *Cuadernos para el Diálogo* fue prohibido por las autoridades franquistas pese a que trataba de las *Mémoires* de Simone DE BEAUVOIR: obviamente, «no por su contenido, sino por el firmante», según le contó a Aub (carta de 13-XII-1964) y ratificó la revista *Esprit*, que lo publicó con una nota previa sobre tal *affaire* en el n.º 337, abril de 1965, p. 772-778. En el tardofranquismo Tuñón pudo publicar en *Cuadernos* artículos sobre la cultura y la historia españolas, sobre Antonio Machado y sobre el propio Max Aub con motivo de su deceso en México: «Max Aub», *Cuadernos para el Diálogo*, n.º 108, septiembre de 1972, p. 34-37.

Otra cosa que revela la importante carta del 25 de agosto de 1965 es la opinión favorable de Tuñón con respecto al PSOE, al que dice tener «una gran estima», con independencia de lo que hagan o piensen sus dirigentes vitalicios del exilio: «Ese sí que tiene solera». Esto le acercaba políticamente a Max Aub, que se afilió al PSOE en 1929, se autodefinió «socialista liberal» (*Hablo como hombre*, 1967)²¹ y defendió un socialismo democrático y humanista, con el que también se identificaba Tuñón en ese momento, según refleja su desiderátum para el futuro de su país: «quiere para España una democracia y, para una mañana –lo más pronto posible– un socialismo que no se oponga a la dignidad del hombre». Entonces se hallaba ya muy lejos del joven revolucionario que había sido en la República como dirigente de la Juventud Comunista y de la FUE-UFEH (Federación Universitaria Escolar-Unión Federal de Estudiantes Hispanos).

De los cuatro intelectuales sobre los que versa este artículo, Max Aub fue el único que murió antes que Francisco Franco y, por tanto, no pudo conocer la restauración de la democracia en España. Sí visitó su añorado país en 1969 y 1972 y le decepcionó profundamente: «España ya no es España». «España ha cambiado del todo en todo». «Regresé y me voy. En ningún momento tuve la sensación de formar parte de este nuevo país que ha usurpado su lugar al que estuvo aquí antes», sentenció con amargura en *La gallina ciega* (1971), su testamento literario y político, que muestra «la tragedia del desarraigo» del transterrado²². Todo lo contrario fue el caso de Manuel Tuñón, quien en los años setenta viajó con frecuencia a España, donde publicó con gran éxito numerosas obras y residió desde su jubilación en la Universidad de Pau en 1981 hasta su fallecimiento en 1997 en Leioa (Vizcaya), cerca de la Universidad del País Vasco, de la cual fue catedrático de Historia Contemporánea y profesor emérito. Se integró plenamente en la España democrática y llegó a ser un historiador muy popular e influyente durante la Transición y la etapa socialista, con la que se sintió identificado²³.

Antagónico fue el final de la trayectoria vital de José Martínez, quien en 1977-1978 trasladó Ruedo Ibérico a Barcelona (con el nombre de Ibérica de Ediciones y Publicaciones), donde publicó sus *Cuadernos* hasta 1979 y libros hasta 1982, cuando tuvo que cerrar la editorial, además de su librería en el Barrio Latino de París, por sus graves problemas económicos, dada la escasa venta de las obras que editó en esos años. Varias de ellas estaban consagradas a su ideología, el anarquismo, movimiento que no logró resurgir con fuerza en la Transición. Esta fue vista con ojos muy críticos por José Martínez, como quedó constancia en muchos artículos de la última fase de los *Cuadernos* de Ruedo Ibérico, sobre todo de Juan Martínez Alier²⁴. Casualmente, el año en que desapareció Ruedo Ibérico fue el mismo de la llegada al poder del PSOE. En las filas o en el entorno de este partido figuraron bastantes de sus colaboradores del exilio parisino, entre ellos dos fundadores de su revista: Fernando Claudín, presidente de la Fundación Pablo Iglesias hasta su muerte en 1990, y Jorge Semprún, ministro de Cultura del Gobierno socialista de Felipe González de 1988 a 1991. Esto último no lo conoció José Martínez, pues murió repentinamente, olvidado y en soledad, en 1986 en Madrid. Pero sí supo que su antiguo amigo Semprún se había convertido en un escritor de prestigio internacional, un destacado intelectual que sería reconocido con numerosos premios hasta su defunción en 2011 en París: «Jorge Semprún acumulaba honores y premios en todo el mundo. Fue rebautizado como un héroe, una autoridad moral, y se convirtió en la viva imagen de una Europa libre y en uno de los escritores más célebres de Francia, Alemania e Israel»²⁵.

21 Max AUB, *Hablo como hombre*, edición de Gonzalo Sobejano, Segorbe, Fundación Max Aub, 2002.

22 Max AUB, *La gallina ciega*. *Diario español*, edición de Manuel AZNAR SOLER, Barcelona, Alba, 1995.

23 Los estudios más amplios sobre su vida y su obra son estos: José Luis DE LA GRANJA y Alberto REIG TAPIA (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la Historia*, op. cit. José Luis DE LA GRANJA (coord.), *Manuel Tuñón de Lara, maestro de historiadores*, op. cit. Paul AUBERT y Jean-Michel DESVOIS (coords.): «Dedicado a Manuel Tuñón de Lara», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 26, 1997, p. 25-373. José Luis DE LA GRANJA, Alberto REIG TAPIA y Ricardo MIRALLES (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999. Julio ARÓSTEGUI y José SÁNCHEZ JIMÉNEZ (dirs.), «Dossier: Manuel Tuñón de Lara, diez años después. La huella de un legado», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 30, 2008, p. 15-248. Su bibliografía principal figura al final de este número del *Bulletin*.

24 AA. VV., *La Transición en Cuadernos de Ruedo Ibérico*, edición de Xavier DIEZ, Barcelona, BackList, 2011. Albert FORMENT, op. cit., cuarta parte. Nicolás SÁNCHEZ-ALBORNOZ: «Pese a estar orientada al interior, la tragedia de Ruedo Ibérico es que nunca pudo dejar de ser una editorial del exilio» (*Ruedo Ibérico. Un desafío intelectual*, op. cit., p. 43).

25 Soledad FOX MAURA, *Ida y vuelta. La vida de Jorge Semprún*, Barcelona, Debate, 2016, p. 290-291. Entre las publicaciones aparecidas tras su muerte, cabe mencionar estas: «Dossier: Las vidas de Jorge Semprún», *Letras Libres*, n.º 118, julio de 2011, p. 8-37. Javier PRADERA, «La extraterritorialidad de Jorge Semprún», *Claves de razón práctica*, n.º 214, julio-agosto de 2011, p. 60-71. Felipe NIETO, «Jorge Semprún (1923-2011): entre la política y la escritura, los combates por la libertad», *Historia del Presente*, n.º 17, 2011, p. 165-174, y «Jorge Semprún, las «huellas» de un retorno intermitente», *Historia del Presente*, n.º 23, 2014, p. 55-67. Jordi CANAL, «La verdad de las mentiras, las mentiras de la verdad: Jorge Semprún, Federico Sánchez y el comunismo», en su libro *La historia es un árbol de historias. Historiografía, política y literatura*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, capítulo 12. Véase también el capítulo 10 de este libro: «Max Aub, el árbol de Figueras y el éxodo de 1939».

Anexo documental: cartas de Manuel Tuñón y Max Aub (1965)

Guéthary, 10 de agosto de 1965

Querido Max:

[...]

Otro asunto que tiene muchas más aristas. Lo de «Mañana» [novela de Luciano Rincón] y «Cuadernos de Ruedo Ibérico». Te acordarás lo que te dije sobre estos, antes de que apareciesen. Su publicación ha confirmado mis tristes presagios. Sobre todo, hay ataques groseros y personales, «ajustes de cuentas», contra personas que yo quiero y que, además se han sacrificado mucho por la santa causa que nos es común. ¿Qué dirías tú, si en una revista donde te han insultado, so pretexto de que creen que tu libro tal o cual es muy malo, donde no se ha tenido en cuenta el consejo de [Antonio] Machado «no confundir la crítica literaria con las malas tripas», qué dirías si al número siguiente apareciese un articulito mío aunque fuese reproducido de un diario del Líbano? El ataque grosero es contra uno, pero el «ajuste de cuentas» inadmisible, por utilizar la literatura y el arte confundiéndolos no solo con la política, sino con la pequeña política personal, es contra dos buenos amigos personales.

Aunque la revista trae buenos trabajos de [Francisco] Fernández Santos y una entrevista de altura (aunque no coincida en todo con ella) de [Enrique] Tierno, su tono es además panfletario y no responde a lo que dice ser sus propósitos. La mezcla de los dos extremos de que ya te hablé. Desde luego, [Jorge] Corrales no piensa publicar una línea más en ella.

Comprendo que estás en relaciones de autor-editor con [José] Martínez, pero si quieres un consejo de amigo que te quiere, es que evites publicar en esos «Cuadernos», por lo menos por ahora. Tú no tienes necesidad de ello y ellos la tienen de ti.

Naturalmente, que yo no puedo evitar que «R.I.» [Ruedo Ibérico] reproduzca un artículo mío que es propiedad del diario que me lo paga, si este está de acuerdo. Pero como saldría mi nombre, me vería obligado a la desagradable gestión de explicar por escrito que la publicación era «ajena a la voluntad del autor».

[...]

El abrazo gordo de y grande de siempre

Manolo

[México, D. F.] Agosto 18, 1965

Querido Manolo:

[...]

Referente a Ruedo Ibérico, si se trata de tu amistad con Vicente Girbau, admito perfectamente tu actitud, pero si no es así, francamente no me explico que fomentes una división más en nuestra ya divididísima oposición. Tú sabes, mejor que nadie, que eso no nos lleva a ninguna parte. Supongo que te refieres, a mí siempre me han gustado las cosas claras, al artículo de [Jorge] Sempriñ sobre la novela de [Jesús] Iscaray [sic] [Las ruinas de la muralla]. Tú la has defendido, aquí y en Novedades y me parece muy bien. No la he leído, sí las anteriores. No me parecen ni buenas ni malas y admito que a unos les parezca bien y a otros les parezca mal. Que en toda crítica de un libro de un amigo o de un enemigo, juegue lo personal es absolutamente normal. Pero lo importante, en este caso, es que, a mi modo de ver, Ruedo Ibérico –los cuadernos– cumplen una función de lucha activa contra el régimen de Franco del que me parece absurdo que estéis fuera tanto Corrales como tú. No por quienes sois sino por lo que valéis.

Como comprenderás, no pienso decirle ni una palabra a Martínez de tu actitud y aún perdiendo un tiempo que me es muy precioso –ando metido totalmente en el libro de Alicante [Campo de los almendros]– haré la nota acerca del libro de Luciano Rincón. No recuerdo si hablaste de ella en Novedades, pero sería bueno que lo hicieras, ya que los ejemplares de la novela deben estar al llegar aquí.

Sabes perfectamente que no quiero, de ninguna manera, tomar partido en las divergencias actuales y futuras en que se vean envueltos comunistas y excomunistas. Siempre me han parecido deplorables y no voy a rectificar ahora.

Ya sé que es inútil que te diga todo esto pero me creo en la obligación de hacerlo precisamente por la entrañable amistad que nos une y la coincidencia de nuestros criterios.

[...]

El gran abrazo de siempre

[Max]

Guéthary, 25 de agosto de 1965

Mi querido Max:

[...]

Y ahora, como yo te quiero mucho, en el primer plano de esos amigos [que] cuentan de verdad para mí, tengo que insistirte sobre los asuntos de «R.I.» [Ruedo Ibérico] para que no haya ninguna incomprensión o mala interpretación sobre el particular.

Y vamos por partes: la cuestión más seria es la de suponer tan solo que yo contribuya a una división más en las filas de la oposición. Precisamente para no contribuir me abstengo de toda participación. La revista en cuestión ha nacido dirigida y financiada no para reunir a todos, sino para excluir a unos, para atacarlos, al mismo tiempo que se hace eso tan vago ya que se llama «antifranquismo». Se trata de continuar el triste «ghetto» contra quienes tú sabes, de tan fatales consecuencias en todos los países. Esa operación la dirigen unas veces unos y otras veces otros; muchas de ellas, como es este el caso, quienes se encuentran despechados, dominados por la cólera (que espero sea pasajera) por no haber obtenido aquiescencia a sus posiciones (y conste que no me meto a decir «ambiciones») y han antepuesto esas posiciones, el amor propio, la pasión personal a realidades que la historia social nos enseña son de enorme peso y necesidad y que la historia de los sentimientos nos impide contribuir a atacar, sea cual sea el pretexto que se invoque y el banderín de enganche que se exhiba. A esa política de aislar a quienes, con todos sus grandes defectos, lo han dado todo, y en primer lugar sangre y libertad y comodidades desde hace treinta años, no he colaborado nunca –como tú tampoco– ni puedo colaborar. Múltiples ocasiones tuve de hacerlo y otro hubiera sido mi destino personal en caso de haber aceptado tantas sugerencias como se me hicieron en ese sentido. Tranquilidad personal y familiar, nivel económico, facilidades administrativas para tener todos los pasaportes que quisiera y ser considerado como «bueno», empleos y sinecuras... Todo se obtiene cuando uno se «desengaña» y habla de «la libertad», del «arte abstracto» o del «nouveau romam» para de paso agredir a quienes tú sabes.

¿Qué ha pasado en «R.I.»? Su director [José Martínez], partidario de una política extremista y de violencia, que regocija a exiliados y a nostálgicos de la guerra, pero que resta fuerzas a la oposición, la siguió en unión de [Ignacio] F.[Fernández] de Castro (que representaba al FLP [Frente de Liberación Popular]) en publicaciones tan importantes como «España hoy» y «La demagogia de los hechos». Pero en realidad no tiene otra política que la personal. Cuando no le convino dejó aquello y ahora da una plataforma a quienes dicen mantener una posición diametralmente opuesta, es decir, derechista, revisionista, «italiana» (que no es verdad esto) o como quieras llamarla. Y no porque lo sienta, sino por aspiraciones personales. De ahí la mezcolanza de la revista, entre «pacifismos» extremos por un lado y ataques chabacanos a los gobernantes españoles –no ataques sólidos– y política para herir a los católicos, dificultar el diálogo, etc.

La actitud de este hombre con Girbau ha sido inspirada en los mismos motivos. Le debe tres millones y medio y siempre le da largas, y cuando Vicente le reclama en serio una parte, moviliza a media oposición como si fuera «colaborar con Fraga» el hecho de que nuestro amigo le pida el dinero que es suyo y que necesita, entre otras cosas para hacer una obra más seria y eficaz.

Pero volvamos a la revista. La crítica del co-director y co-financiador de ella [Semprún] a una novela de Izcay, no es una crítica literaria. (Además, apenas ha tenido tiempo de leer el libro). Es, en primer lugar, un ataque personal, grosero, con injurias. Pero no es un ataque personal porque el autor «le caiga gordo», como –que te diría yo– tendríamos cualquiera la debilidad de hacer tratándose de Jules Romain [sic] o de Gerardo Diego. No; es un ataque político, contra el dirigente de un organismo del que ha sido excluido. Por eso, ni siquiera me refiero a la indecencia

a ensañarse con un hombre mucho mayor que él, que lo ha dado todo por una causa, pudiendo haber vivido tranquilamente y gozando de la vida como cada cual. La cosa es todavía más grave y aunque bastase para calificarla aquello de Don Antonio [Machado] de que «no hay que confundir la crítica con las malas tripas», aquí se trata de algo de más alcance. Contra el enemigo político-personal (que lucha contra el que se dice enemigo común, la dictadura) vale todo, y vale un ataque pseudoliterario. Esto se llama «stalinismo à rebours». Los que se quejan de métodos stalinistas ¿serían más benévolo con Izcaray o con [Pepe] Ortega, que aquellos fueron con los biólogos mendelianos? Eso, dejando de lado que se trata de personas que subieron al calor del stalinismo y que por pudor prefiero no hablar de sus relaciones políticas con la persona, ya fallecida [Benigno Rodríguez], de la que se dice hace ese libro una caricatura (que no es verdad, que tú sabes muy bien, que se pueden tomar 60 por 100 de elementos de un hombre para construir un personaje con vida autónoma).

Todo el mundo tiene derecho a que no le guste un libro o un género de literatura (por lo general, y salvando los elogios a tu dominio de la lengua, las críticas y los criticantes suelen ser los mismos o parecidos cuando se trata de tu obra novelística). A lo que nadie tiene derecho es a una operación de mixtificación. Por eso, juzgo normal las diferencias de críticas cuando se trata de libros de amigos o de enemigos; yo, por ejemplo, nunca puedo juzgar objetivamente tus libros ni los del autor que nos ocupa [Jesús Izcaray]. Pero no todo es subjetivismo y afecto, porque quiero mucho a Juan Goytisolo, y no me impide criticar algunos de sus libros (lo que nunca haré, por lealtad al amigo, es criticarlos en letra impresa). En cambio, dije y escribí mucho de bien sobre *Le grand voyage* [de Jorge Semprún, ganador del Premio Formentor de 1963] mientras mis queridos amigos no votabais por él, sino por un libro [La ciudad y los perros] que es también de una persona a quien estimo: [Mario] Vargas Llosa]. Todo esto para decirte que no se trata de críticas literarias, aunque sean tan pedantes y tan malas como la de Semprún (autor que no sabe escribir sus obras en castellano, sino en francés, y en francés las escribe muy bien).

El carácter de la «operación» se perfila también en el ataque contra el pintor Pepe Ortega, en la sección de arte, de verdadera mala fe, y con los mismos fines políticos.

Y da la puñetera casualidad que las obras de Izcaray se leen por ahí por las gentes sencillas (las mismas que se entusiasman con *Campo del Moro* y *La calle de Valverde* [de Max Aub], etc., etc.), y que Ortega cuenta cada día más como pintor en toda Europa.

No, Max, los «Cuadernos de R. I.» no son una expresión de unidad, aunque en ellos colaboren, con trabajos muy buenos, personas tan estimables como Paco Fernández Santos, que hace muy bien en tomar esa tribuna que le dan.

«¿Función activa contra el régimen de Franco?» Reflexionemos un poco, pues en esto se abusa demasiado. Para que la función sea activa tienen que convencer y no increpar (me refiero ahora a los de la otra acera), tienen que aunar voluntades de grupos y personas eficaces, que ganar nuevos adeptos a la necesidad de transformar España en una democracia. La mitad, por lo menos, de los trabajos del primer número van en contra de esos postulados. Además, que el solo hecho de servir de «máquina guerrera» contra un núcleo importante, que obra de buena voluntad y con eficacia (lo que no excluye sus defectos y errores) lo invalida ya para tal función.

Hoy, querido Max, se trata de saber lo que queremos para España, no de ser «antifranquistas» como hace un cuarto de siglo, aunque en lo hondo de nuestra alma —la tuya y la mía— se remuevan y aferren esos sentimientos. Por ejemplo, proponer una solución de violencia, es el mayor de los dislates, igual que hablar de «frente obrero y campesino». También lo es luchar contra todos los católicos en bloque, como si fueran enemigos. (¡Cuántos ateos hacen mucho menos, pero mucho menos, que numerosos católicos!). Pero también es disparate extraordinario el creer que ninguna transformación hacia la izquierda se hará prescindiendo de los comunistas, o tomando como tales a un grupito de intelectuales, de «señoritos sociales»; ¿qué les importa eso a los mineros de Turón, a los metalos de Sestao, o de la Pegaso, a los jornaleros de Córdoba, ni tan siquiera a los estudiantes de Madrid y Barcelona? (¡Sí, a los estudiantes, aunque otra cosa te digan, y tengo perfectas referencias de ello!) Esos grupos carecen de arraigo popular. Otra cosa es, por ejemplo, el Partido Socialista, para el que sabes tengo una gran estima, a

despecho de lo que puedan hacer o pensar unos dirigentes vitalicios instalados en el exilio. Ese sí tiene solera.

Para que mi explicación sea tan exhaustiva como tú te lo mereces, debo decirte que cuando se fue conociendo el debate que enfrentó a ese joven novelista [Jorge Semprún] y a otro amigo [Fernando Claudín] (para mí entrañablemente querido, pues mi amistad con él y toda su familia data de la friolera de treinta y cuatro años y no fue nunca desmentida) me parecieron inteligentes y oportunas gran parte de sus sugerencias, capaces de abrir nuevos caminos, siempre que al contrastarse con opiniones adversas –diferentes– dieran lugar a una síntesis integradora que las mejorase. Hubo momentos en que estimé que se les trataba con excesiva dureza o incomprensión, cosa que sabes suele ocurrir en esos organismos. Pero mi decepción fue grande cuando supe y pude comprobar que no cederían en una pulgada, a trueque de causar daños mucho mayores, que creían preferible «romper la baraja» a esperar pacientemente a que el tiempo dijese si tenían una razón que la mayoría les negaba por el momento. Las cosas se agriaron cada vez más y ya sabes lo que ocurre cuando empieza uno a despeñarse por ese disparadero. Humano todo, muy humano; el amor propio, querellas y rencores retenidos en el subconsciente que afloran a la superficie y cristalizan en ideas, heridas recíprocas que se inflieren (los de la mayoría tampoco son ángeles, hay métodos reprobables que subsisten), todo agravado por la amargura del exilio y las dificultades del vivir (estas últimas excusas son para el otro amigo, pero no para el joven escritor, hombre muy valiente, pero que existencialmente no puede considerarse exilado ni tiene duros problemas del vivir). Bien; hay todo eso, y no seré yo quien me dedique a acusar a nadie de «cómplice de la oligarquía», como se hizo en un documento emanado de una prisión, aunque el dolor de aquellos hombres allí encerrados explique también la dureza del epíteto.

De todo eso, se pasó al dispositivo de ataque, del que tengo todo género de pruebas. Y eso es algo que como español, como hombre que quiere para España una democracia y, para un mañana –lo más pronto posible– un socialismo que no se oponga a la dignidad del hombre, no puedo aprobar. Te lo dije, en el hotel, aquel día que tanto llovía, cuando se marchó el amigo [Robert] Marrast. La historia nos enseña que la Iglesia yerra no pocas veces, pero que es mucho mayor error, a la larga, pretender tener «razón» frente a ella. En todo caso sería una pequeña razón anecdótica contra la gran razón, refrendada por cien años de experiencias. Los que no pertenecemos a ese cuerpo místico, nos vemos libres de una multitud de problemas y tenemos la fortuna de gozar de mayor libertad de crítica. Pero creo que tenemos el mínimo deber de no atizar las ascuas, de no echar arena en las ruedas de los grandes engranajes. Más vale que echemos siempre un poco de lubricante.

Esta es la razón en síntesis para que yo estime como un deber (que no acarrea ninguna ventaja y puede acarreararme no pocos inconvenientes) el abstenerme de colaborar en esos Cuadernos. Las otras razones, más secundarias, creo habértelas también expuesto.

El rollo ha sido enorme y estarás ya hasta los pelos de mi prosa. Creo que en treinta y cinco años por lo menos no te colocaré otro semejante. (Fíjate, he perdido ya la hora del correo de hoy). A ti Max, me gusta decirte todo, y decirte con detalles y sin ningún repliegue mental. No pretendo estar en posesión de la verdad absoluta y quizá estoy absolutamente equivocado. Pero entre todos, con nuestras pequeñas verdades, podemos ir buscando una mayor y más eficaz.

[...]

Un abrazo muy fuerte y gordo

Manolo

México, D. F., a 2 de septiembre de 1965

Querido Manolo:

Como comprenderás, no te voy a contestar tan largo y tendido como tú. Me ha interesado muchísimo tu carta, aunque no me haya acabado de convencer porque sigo creyendo que, en este asunto, juegan tanto las ideas como las pasiones personales –si es que son cosas distintas. Si no recuerdo mal, es posible que sí por mi maldita memoria, cuando, por ejemplo, el asunto de los sacerdotes obreros no

estabas de acuerdo con «la iglesia» y eso que esta insigne institución no llegó a calificarlos tan duramente como «la otra».

En cuanto a los mineros, a los metalúrgicos, es decir los obreros y los campesinos en general, [no] creo que, en el fondo y en la forma estas divergencias, rupturas, riñas más o menos de callejón, les importe gran cosa: el partido comunista o es el partido del proletariado o no es nada, o por lo menos nada que valga la pena y, por el momento, fuera de España, todas las divergencias carecen de importancia; al fin y al cabo no son más que ajustes de cuentas personales. Y en cuanto al día de mañana, quién sabe lo que será el proletariado español. Las declaraciones de Luis Buñuel, en *Le Monde*, a Yvonne Baby, creo que reflejan bastante bien la situación.

Bueno y basta de este enojoso asunto. Lo único que se me había olvidado decirte es que, las referencias que tengo de España, es que el artículo acerca de [Manuel] Fraga ha producido –además de regocijo– bastante impacto, como decimos aquí. Te hablo naturalmente de infelices intelectuales de nuestra calaña.

[...]

Grandes abrazos

[Max]

París, 12 de septiembre de 1965

Querido Max:

[...]

Bueno. Damos por clausurado nuestro debate, ya que ni tú ni yo somos hombres esencialmente políticos, aunque aquellos miserables nos han «tirado al agua», obligándonos a tener la política de la vergüenza y de defendernos. Y sigamos todos haciendo lo que podamos que, como el célebre director de orquesta del cuento «en el calderón nos encontraremos».

[...]

El abrazo gordo de siempre

Manolo